

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PARLAMENTARISMO

Ha sido estos días la actualidad, y lo es aún, por los subsiguientes *meetings*, el Congreso católico celebrado en Santiago de Compostela. Y ante todo, recordemos que sería imposible idear ciudad más sugestiva, ó como dicen algunos escritores modernistas, más *sugerente*, para una solemnidad de esa índole.

Santiago de Compostela es pueblo cuya substancia íntima la forman sus recuerdos y su borrada grandeza. Cuando el autor de *Brujas la muerta* se propuso demostrar que las ciudades imprimen carácter á los que en ellas habitan y que el alma de las piedras se comunica al hombre, no pensó en Santiago, porque no la conocía; pero si conociese Rodenbach la vieja metrópoli de la Edad Media española y pudiese estudiar cómo en su recinto se desarrolla la vida, encontraría la tesis plenamente demostrada, no por un solo hecho saliente, sino por la enlazada serie de los hechos de cada momento y de todas las horas, los días, las semanas, los meses, los años, que no parecen transcurrir, para Santiago, en lo que se refiere á infusiones del nuevo espíritu.

* *

Y añadiré que el libro de Rodenbach no muestra bien el carácter de esos pueblos amarrados á la tradición, porque su *Brujas la muerta* es un oasis de paz, donde la unanimidad de criterio se revela en la identidad de ocupaciones y de modos de emplear el tiempo y desenvolver las actividades morales. En *Brujas la muerta*, el triste enamorado de un recuerdo, que es el héroe de la novela, forma una excepción, porque hay en sus costumbres algo de desorden y de aventura romántica; y la ciudad, en cambio, aparece como un lago tranquilo, uno de esos remansos del río en que geométricas y perfiladas se reflejan las sombras de los altos olmos y de los largos puentes. — Mucho se engañaría quien tratase de asimilar, en este concepto, á Compostela con Brujas. La calma de Compostela es engañosa. Compostela es como la Edad Media, en la cual, superficialmente, suele verse una época de unidad, y que estudiada despacio, con documentos y con analítica ojeada, descubre un hervidero de enconadas y violentas pasiones, una madeja inextricable de tendencias opuestas que se disputan el terreno palmo á palmo, y una efervescencia intelectual, origen de investigaciones incansables, que hacen madurar la ciencia y ejercitarse el pensamiento.

Dormida sólo en apariencia, al abrigo de los seculares muros de sus grandiosos templos y conventos, Compostela *piensa* más que los pueblos fabriles é industriales, donde lo especulativo á nadie preocupa ni importa. Estimula el cerebro aquella inacción corporal, aquella monotonía majestuosa de la existencia que en Compostela se advierte. La tradición, visible en los monumentos, dueña de la ciudad, se presenta como un problema, y fuerzas innovadoras, elementos críticos, actúan é inducen á analizar y discutir. Nunca como en Compostela he visto que apasionasen cuestiones del orden religioso y metafísico; en ninguna parte la neutralidad y el indiferentismo fueron más difíciles de arraigar. Sin

duda que allí, lo mismo que en todas partes, mueven al individuo intereses egoístas; pero hay un soplo, hay corrientes, hay ambiente para los problemas que en el día propendemos á arrinconar y que son, sin embargo y bien mirados, de más noble filiación que los sociales. Estos se derivan de la economía, de la necesidad material; los otros, de la intelectualidad y el sentimiento.

* *

Como á veces las corrientes generales y avasalladoras nos dictan una protesta, á los que sentimos alguna vocación artística; como no sólo de pan se vive, encuentro que somos injustos con Bizancio al echarle en cara sus disputas teológicas, y que seríamos ininteligentes al extrañar que Compostela se haya alborotado y se alborote aún por lo que nada tiene que ver con los sindicatos agrícolas, la jornada de ocho horas, el trabajo de las mujeres y los niños, etcétera. En Compostela recuerdo que las ceremonias del culto, los ritos en ciertas funciones, los dispendios de cabildo y arzobispo, la forma de una barandilla de la catedral, traían revuelto al pueblo. No sé si esto era muy transcendental; sé que en una ciudad más práctica, cuajada de fábricas, con docks y muchos tranvías de vapor, nadie se preocuparía de ello; pero en cambio la calidad del algodón ó la elevación de una tarifa nos traían vueltos locos. Por lo menos, en lo que agitaba á Compostela, cuando yo vivía allí, se discernía algo de pintoresco y de romántico, que removía, en todos los circunstancias, el sedimento del pasado, el poso de la historia. Y la mejor parte de mí misma encontraba mayor goce en esto que en los algodones y las tarifas y la resistencia al producto extranjero.

* *

Y ¡qué telón de fondo, qué marco maravilloso, para un Congreso católico, el que Compostela ofrece! Como la casa antigua y señorial que no necesita adornarse con *bibels* ni derrochar coquetería para manifestar su grandeza, bastándole abrir la puerta y mostrar los tesoros que acumuló el tiempo, Compostela no ha menester sino decir: «Aquí estoy, ved lo que fui y lo que aún sigo siendo, porque mi gloria se ha desvanecido, pero sus testimonios perduran.»

Si hay un nombre expresivo para España, es el de *Santiago*. Cada letra de ese nombre es un siglo de historia. Con él rechazamos al África; con él atrajimos á Europa, haciendo competencia á las Cruzadas. Ese sepulcro jacobeo fué para nosotros manantial de vida. Observadlo: desde que se cierra el período de las peregrinaciones á Compostela, ciérrase también España, se repliega sobre sí misma — como una gran flor enferma — que languidece — y surge nuestro aislamiento y nos vamos desviando del resto del mundo. Quien nos comunicaba con él era Santiago Apóstol. Hoy, que poseemos ferrocarriles (no muchos), vienen á España menos «francos, britanos, dinamarqueses, teutones», que allá cuando en la catedral compostelana había confesores para administrar, en todos estos idiomas, el Sacramento de la penitencia. Hoy nuestro dinero pierde el 38 por 100. Entonces tenía Santiago su cofradía de *Caballeros cambiadores*.

* *

Sí, el Congreso Católico estuvo allí en su atmósfera natural. En cuanto á los resultados de ese Congreso, sería prematuro lo que pudiera decirse. Acaso — y en tal hipótesis disiento de la opinión general — sea éste más provechoso que los anteriores. Dos buenos síntomas peculiares de él son la tendencia á reprobar la intrusión de la política en las cuestiones religiosas y la atención consagrada á las sociales. No cabe duda: hace cinco años *todavía* no se pensaba así, y si se pensaba, no se decía muy alto. Estas influencias sanas vienen de Europa: son otras peregrinas que, esclavina al hombro, bordón en paño, llegan de Italia, del Vaticano, llegan de Bélgica, llegan de Alemania... y también de más lejos, de los países nuevos, democráticos, donde el catolicismo brota fuerte, libre y sin *oidium* ni *mildew*, como las cepas americanas, jóvenes. Aquí el *oidium* y el *mildew*, fatales á la viña del Señor, son esos partidos políticos que hacen suyo solo lo que es de todos cuantos recibieron el agua y escucharon la palabra de vida. Cien años de desgarramientos profundos y convulsiones de epilepsia furiosa ha sufrido España, por culpa de esos exclusivismos dementes, empeñados en realizar el milagro de Josué, pero no con el sol, pues lo que intentaban detener, para que alumbrase con perpetuas claridades de nostalgia nuestro cielo,

era la luna, era el astro de la noche y de las apariciones fantásticas.

* *

No puede, sin embargo, considerarse este Congreso verdadero recuento de las fuerzas de que dispone en España el catolicismo. Si en la lista de los congresistas encontramos nombres respetables, otros se echan de menos, y señalan un hueco que desde lejos se ve. — Han brillado por su ausencia del Congreso Católico — á lo que puedo recordar ahora, y si me equivoco en algún punto queda rectificado el involuntario error — el entendido marqués de Cerralbo; el doctísimo Gil Robles; Menéndez y Pelayo; los novelistas Padre Coloma y Pereda; el insigne publicista Arturo Campión; varios Agustinos del colegio del Escorial que tienen cartel y nombre; el muy excelente cardenal Sancha; el abad de la colegiata de la Coruña, polemista notable; el eruditísimo Hinojosa; el eminente estadista D. Antonio Maura, personalidades todas significadas en sentido católico, y que por la misma diversidad de sus aptitudes y tendencias darían al Congreso un matiz y un relieve singular, sin que hablemos de otras muchas que en este instante no acuden á mi memoria, pero que con algo más de tiempo y reflexión acudirían, y prescindiendo de las abstenciones sistemáticas de políticos como Mella y Nocedal. — Y no deja de ser curioso, á título de observación, que en el día la forma parlamentaria, tan maldecida y reprobada por los elementos que han alardeado oficialmente de católicos en el mundo entero, venga á ser la que adoptan de preferencia esos mismos elementos para comunicarse y reconocerse, afiliarse, estrechar sus lazos de unión, concertar sus planes de porvenir, adoptar sus acuerdos, formular homenajes y ovaciones á sus figuras relevantes, y demostrar sus condiciones retóricas — ni más ni menos que lo que pasa en el hemiciclo del Palacio aquel de Madrid á cuya puerta se inmovilizan dos leones y en cuyas sesiones hacen la guardia dos maceros y en cuyos pasillos se fragua la impura política...

* *

Y es que nadie, ninguna colectividad sobre todo (el individuo es más dueño de conducirse como le place) puede evitar lo que el tiempo da de sí. — Los que lanzan anatema sobre ateneos y congresos paran en congresistas y ateneístas; el Congreso ocupa el lugar del Concilio, hoy que está definido el dogma y establecida la doctrina... Y los que reprueban con mayor ó menor pesimismo los adelantos de la era moderna — que en ella no son cosa accidental, sino algo esencialísimo, que la caracteriza, — instalan en su casa el teléfono, no viajan en galera ni á lomos de macho, usan y abusan de la prensa periódica sin dejar de considerarla verbalmente «un basurero» y «una sentina», construyen con cemento portland, se curan por las duchas eléctricas, y tienen en el médico más fe — si á mano viene — que en el confesor...

* *

Santiago de Compostela, sin embargo, es un argumento admirable en pro de la estabilidad de las cosas. Ha cambiado muy poco; aún persiste por dentro y fuera muy semejante á como sería, no precisamente en aquel siglo XII que marca su período de esplendor, pero en el XVII y XVIII, cuando numerosas familias de la más granada nobleza gallega vivían allí con dignidad y ostentación modesta — aunque al parecer estas dos palabras no se hermanen. — Y apenas me doy á imaginarme el Santiago del siglo XVIII, según las referencias que hasta mí han llegado, ya noto, más que las analogías, las transformaciones. Las damas del XVIII vestían de cúbica, llevaban hábito, pero tenían litera, pajes, un escudero que las acompañaba por la calle con espada desenvainada; en sus oratorios había cueros de Córdoba, sabanillas de Flandes, reliquias de Roma y cirios; en su mesa, que bendecían antes de comer, se presentaban sencillos manjares... Las damas de ahora llevan sedas, fulares y sombreros de fantasía; aspiran á saber hacer bien la gallina trufada y el *roastbeef*; salen á la calle sin pompa; rezan en la iglesia... si acaso; encargan á París trapos y moños, y en el Congreso Católico ven un pretexto para sacudir la modorra y pasearse y solazarse una quinceña... ¡Ah! El tiempo corre, la rueda gira; cambiamos, mal que nos pese..., y los católicos militantes no aciertan á traernos la Cruzada, ni siquiera la guerra de partidas, y por graciosa ironía de los hechos, nos traen un acontecimiento parlamentario.

EMILIA PARDO BAZÁN.